

Alfonso Gamarra Durana

Alfonso Gamarra Durana. Oruro - 1932. Médico, poeta, narrador y ensayista. Es miembro fundador de la Unión Nacional de Poetas y Escritores, filial Oruro. También es miembro de la Academia Boliviana de la Lengua y de la Sociedad Boliviana de Historia.

Indescifrable en su actitud volátil

Fue siempre indescifrable en su actitud volátil.
 Era su ruta dos líneas paralelas que desfilaban en parada
 buscando el declive sin capricho
 para voltear la puerta falsa de los prestidigitadores.
 Se montó a un sonido adyacente, y anónimo avanzó
 por el callejón de los que toman sus circunvoluciones propias.
 Y fue un extraño. Casi loco. Inexistente.
 Hacía lo que pensaba; tendía en el abismo la resolución de los otros.
 El camino más corto era el que alcanzaba su brazo.
 Nadie le entendía porque su otro yo tenía doble personalidad.
 Pero más tenía. Un medio cuaderno empastado que llevaba siempre
 en el bolsillo trasero.

Anotaba las desnudeces del mundo, la carcoma del mediocre
 y el espacio del ojo de la aguja
 por donde él sólo metía la consonante de la ola.
 No era confesión, era alegato.
 No era melancolía, era trapisona del mundo.
 Acusaba a la maldad y la quebra moral de los clubes éticos.
 Alechugaba las hojas notariales
 de los que comercian con el hambre encenagado del miedo
 y de los que rematan las angarillas de los enfermos.
 No era melancolía ni verde mar en melancolía.
 Cuando los jóvenes copiaban canciones de Inglaterra
 él anotaba con el tizón que le daba su gente
 la ambigua posición de su maestro de letras
 que le hablaba de la redención del orbe y de la independencia
 de las castas y el entallado de éstas en la sociedad justa,
 pero cuya obra más práctica fue leer el periódico
 con el calor del sol sobre sus espaldas.

Pudo arrojar la pelota como el que más, de tiros libres,
 pero no se sintió libre
 y le dieron un uniforme listado, como en barrotes de cárcel,
 para que no escaparan sus ideas
 y más bien, se tirara el texto de su voluntad al cesto.
 Los otros siguieron jugando, él volvió a sentenciar en sus papeles
 que el mundo nos cobre derecho de consumo
 obligándonos a pensar en yunta.
 Salió bachiller y, al irse del colegio, fue su recompensa
 alejarse de los que aprenden mucho, y de los que olvidan casi medio,
 de los que enseñan pensando en los bonos
 y de los muy pocos que invierten su capital de inteligencia
 en la mente adolescente que quisiera entorpecer menos sus ideas
 y que les enseñen cómo hacer siquiera estremecer el aire.

Apareció un día, como proeza, con correajes y visera,
 alumno admirado por sus superiores.
 a los seis meses salió con baja descuidada
 por haber saltado una tapia para ir a escuchar
 en un teatro al político de moda.
 Encontró entonces a condiscípulos como universitarios
 figuras de cera en camino de ingenieros,
 le reprocharon su temeraria transformación
 del adolescente del cuaderno empastado a hombre de letras.

Es que ya no soportaba el riesgo de la vida
 ni la necia facha del hijo del comerciante
 que hipotecó los sesos para ganar dólares.
 Sintió que su pellejo no era para sermonear en seminarios
 ni para asistir al ágape de los licenciados.
 Quiso ser visionario de crujidos y el fiel desintegrador
 de la escoria del orbe cuando los amazonas se comuenven
 para mostrar el costillar social en busca de una tumba.
 Comenzó corrigiendo pruebas
 su trabajo vigía en un periódico de circulación de letras
 en la esfera migratoria de las satisfacciones diarias.
 La lectura de los trabajos censurados fue feria ambulante
 de ideas en el terraplén de los conservadores.
 Fiel a su oficio empezó a corregir las frases de otros
 que perdónalos no saben lo que dicen.
 Así los ejemplares auguraban ventas con éxitos saltabardales.
 Cuando lo acusaron, ancló en el rincón frío
 donde se limpia la tinta a los rodillos de las prensas.
 Lo que algunos escriben son otros tantos manchones de tinta.
 Por eso no reclamó. Y como el sortilegio se junta
 en los chivaletos y es pitonisa el tipo de imprenta
 y es hechicera la galera,
 raspando con la uña la tinta de los rodillos
 escribió editoriales.
 Éstos se fueron juntando, voluminosos,
 porque sus frases se volvieron viento de hoy, quemante,
 abridor de boquetes en los muros de la inquina,
 y hasta las comas fueron otoño sin hojas numeradas
 y la carátula de su libro fue el minutero en el atril del maestro.

Si hubiera escrito versos hubiera sido vaho,
 perfume glandular del médano.
 Pero él escribió la rezumante realidad del decúbito
 en hombres y mujeres,
 fustigó la astucia del nativo que hace tálamo
 de playas extranjeras.
 De tanto limpiar las máquinas de la imprenta
 sus dedos se exoriaron y la tinta penetró en ellos,
 por esto escribió con acritud osada.
 Si hubiera escrito lo contrario hubiera tenido en su plato
 en vez de acelgas, muchos cheques;
 y nadie hubiera referido que era pasmo,
 que estaba entumecido, que trepaba, que revesaba,
 que hacía acrósticos, presagios, ttayachas, sobresaltos,
 que no se fijaba con qué letra acaba o empieza cada fila
 porque él sólo desenvolvía las ideas;
 que la sociedad llegaría al cisma porque los ideales
 trascienden el contagio del eco,
 la opción es incongruente cuando hay domesticación de mentes
 y él surtirla de conceptos
 a esas mentes encasquilladas por la usura.
 Si hubiera sido literal con los otros seres,
 la tinta espesa no hubiera circulado hasta su corazón
 desencantado
 y sus editoriales habrían tenido el colofón del Evangelio.
 De no haber sido honrado para con su otro doble yo
 sus artículos se hubieran publicado,
 saliendo al fin su incógnito nombre,
 su desconocida filosofía,
 desde el fondo del medio cuaderno empastado.